Ellas están casi siempre en el centro de los caminos. El instinto las hace obrar así, sin duda á fin de que los carros dejen á salvo el terrero que rodea las entradas de los hormigueros. Yo no he podido verificar el detalle relativo á la debilidad de las mandíbulas de estos insectos, pero no creo que esperen para alimentarse que los fenómenos de la germinación hayan venido á suavizar la cubierta exterior. En ese caso ¿de qué vivirían durante todo el estío? (1)

CAPITULO XXXIV.

EL LIBRO DEL ECCLESIASTES.

Ecclesiastés es la palabra griega con que que fué traducida la hebrea *Kohelet* y significa: el que predica ó habla á una asamblea. Fué escrito por Salomón hacia el fin de su vida, como lo enseña la unánime tradición de judíos y cristianos y se desprende de la simple lectura del libro. En él trata Salomón de demostrar que no hay en la tierra dicha verdadera, que para ser menos infeliz se necesita dominar los deseos y pasiones del corazón y que la verdadera dicha está en el temor de Dios y en la observancia de su ley.

No obstante que todo lo anteriormente enunciado se vé claramente en el libro, desde

(1) Vigouroux. Les livres saintes et la critique rationaliste. Tom. IV, p. 229.

los tiempos antiguos se han hecho objeciones sobre su carácter moral. «Opinan algunos hebreos, dice San Gerónimo (1) que entre los demás escritos de Salomón que han sido olvidados, sin quedar de ellos otra cosa que el recuerdo, debía también al mismo olvido entregarse este libro, porque en él se dice que son vanas é inútiles las obras de Dios.» Añaden que solo por los últimos versos del capítulo XII, ha merecido ser colocado en el número de los libros santos. A estas dificultades verdaderamente fútiles han sucedido en nuestros días acusaciones mucho más apasionadas. Se le acusa de escepticismo, materialismo, fatalismo, epicurismo, y pesimismo. Vamos á examinar estas objeciones con tanto más gusto, cuanto que ellos nos dará ocasión de estudiar más completamente la doctrina de este libro y tocar algunas cuestiones que interesan á todo el Antiguo Testamento.

I. El Escepticismo del Ecclesiastés.

Oigamos como se expresa uno de los acusadores de Salomón. Leon de Rosny dice: «El combate interior que prepara el alma á abrevarse de todas las amarguras del escepticismo, se reconoce hasta en las contradicciones del Kohelet. Mientras que Job se consuela bien ó mal con la impenetrabilidad de los designios de Dios, el Ecclesiastés después

(1) Comment in Eccl.

de haber buscado en vano la explicación del enigma, no se decide á proclamar la impotencia de la razón y la vanidad de todas las cosas, sino cuando la amargura largo tiempo contenida en su corazón ulcerado, desborda á pesar suyo con grandes oleadas y ahoga sus últimas esperanzas y á su Dios. Umbieit ha escrito un libro intitulado *Kohelet scepticus*. Noldoke ha llegado á decir: «El caracter dominante en el autor es el escepticismo; no tiene ninguna convicción.

Veamos ahora los principales pasajes de los que se toma esta acusación, para examinar si ella es justa. En el capítulo VIII, v. 16–17 dice el Ecclesiastés: «Me consagré de corazón á adquirir la sabiduría y entender las disenciones que hay en la tierra; pues hay hombre que (para adquirir la ciencia) no prueba el sueño, ni de día, ni de noche. Y entendí que el hombre nunca podrá comprender la razón de todas las obras de Dios que se verifican debajo del sol, y que cuanto más trabajare en buscarlo, tanto menos la encontrará. Aunque el sabio diga que conoce las cosas, no podrá encontrar la razón de ellas.»

Para responder á esta objeción no faltan intérpretes católicos que vean en las palabras citadas una dificultad que se propone á sí mismo el autor, para refutarla en seguida; pero esta explicación es poco satisfactoria, porque no se vé que solución alguna siga á la dificultad. Debemos sin embargo advertir

que la solución brevísima que dá Salomón á alguna objeciones ha dado márgen á que se le acuse de escéptico y materialista.

Vamos, pues á responder directamente á esta acusación. El Ecclesiastés es tan poco escéptico, que no solo no resuelve la cuestión de la certidumbre, en sentido negativo; pero ni siquiera la toca. No se pregunta si el hombre puede adquirir certidumbre de alguna cosa; se pregunta solamente si se puede gozar de dicha perfecta en este mundo, y pasando revista á los distintos objetos en que los hombres cifran su felicidad, habla de los que la buscan afanosamente en el estudio y dice que nuestro espíritu es incapaz de llegar á comprender la última razón de las cosas, la cual es una verdad incontestable. En ninguna parte Salomón pone en duda la legitimidad y la realidad de nuestros conocimientos y M. Delitzeh ha tenido razón en responder á Enrique Heine, que llamaba al Ecclesiastés «el cántico de los cánticos del esceptisismo,» que por el contrario este libro es el «cántico de los cánticos del temor de Dios.»

II. El materialismo del Ecclesiastes.

La principal acusación que hace Voltaire al libro que nos ocupa, es la de materialismo. "El que habla en esta obra, dice: parece estar desengañado de las ilusiones y de las grandezas, cansado de los placeres y disgustado de la ciencia. Parece un epicureo que repite á

cada paso que el justo y el injusto están sujetos á los mismos accidentes, que el hombre nada tiene más que la bestia, que vale más no haber nacido que el vivir, que no existe otra vida y que nada hay verdadero y razonable á no ser gozar en paz del fruto de sus trabajos. Se ha creído ver en él á un materialista sensual y misántropo, que parece haber puesto en el último versículo de su libro alguna palabra edificante sobre Dios para disminuir el escándalo que semejante libro debía causar.'' [1]

Como se vé, al llamar materialista á Salomón no es porque haya negado la distinción entre el alma y el cuerpo, sino por que niega ó duda por lo menos de la existencia de otra vida.

El primer texto de que se sirven para demostrar la acusación de materialismo es el siguiente: *¿Quién conoció si el espíritu de los hijos de Adan sube hacia arriba y si el espíritu de las bestias desciende hacia abajo?* [2]

Esta objeción se apoya sólo en el fraseo equívoco de nuestra Vulgata Latina. Hé aquí el pasaje íntegro traducido literalmente del texto hebreo: ''Lo que sucede al hombre, esto mismo sucede á la bestia, cual es la muerte del uno es la de la otra; todos tienen un mismo soplo (de vida) el hombre nada tiene más

(1) Diccionaire Philosophique, art. Salomón.
(2) Eccl. III. 21.

que la bestia; todo es vanidad. Todo va al mismo lugar; todo ha sido hecho del polvo y todo vuelve al polvo. ¿Quién conoce al espíritu del hombre que sube hacia arriba y al espíritu de la bestia que desciende hacia abajo?''

En consecuencia, el autor sagrado quiere decir: ¡Cuán pocos son los hombres que fijan su atención en lo que acaece al alma después de la muerte! Lo que se une muy bien con lo que habia dicho antes: ''Yo he dicho en mi corazón: Dios juzgará al justo y al injusto.

Hay otro pasaje del Ecclesiastés que ha dado lugar á objeciones análogas. Es el siguiente: ''Nadie hay que viva siempre.... Es mejor un perro vivo que un león muerto. Los vivos saben que han de morir; pero los muertos nada ya pueden conocer y no recibirán ya recompensa. . Todo lo que tu mano pueda hacer, haslo pronto, porque en el *sche-ol* [sepulcro] no hay trabajo, ni razón, ni sabiduría, ni ciencia. [1] Dos cosas se desprenden de este pasaje, dicen los racionalistas, que el autor no cree en la inmortalidad del alma y que ninguna idea tiene de recompensa después de la muerte.

Como quiera que esta objeción tiene mayores visos de verosimilitud, justo es que veamos si en otros pasajes del mismo libro, Salomón se explica con más claridad á fin de fijar

(1) Eccl. IX. 4, 5, 10.

por ellos el legítimo sentido de este pasaje. Pues bien, sobre el primer punto, vemos que la creencia en la inmortalidad del alma, además de estar bastante indicado en la palabra *sche-ol* que significa el lugar en donde están las almas después de salir de los cuerpos, lo demuestran suficientemente las palabras del último capítulo: El cuerpo del hombre vuelva á la tierra de donde fué sacado y el espíritu [del hombre] vuelva á Dios que lo creó.» [1] Así, pues, el autor del Ecclesiastés, afirma aquí la distinta suerte del cuerpo que se descompone y reduce á polvo, y la del alma que vive en Dios ó lo que es lo mismo, afirma la existencia de otra vida. ¿Es justo que cuando de una manera tan clara se afirma la inmortalidad del alma, vengan los enemigos de la revelación á asegurarnos lo contrario, apoyados en unas palabras bien oscuras y que se prestan á diversas interpretaciones.

Con más claridad, aun si cabe, proclama Salomón en este mismo libro el dogma de la remuneración. Las palabras, son, en efecto, bien claras y terminantes: *Cuncta quae fiunt adducet Deus in iudicium pro omni errato, sive bonum sive malum illud sit* (2) leemos en nuestra Vulgata. El texto original es más explícito porque como lo hace notar Knobel, dice *pro omni oculto* en vez de *pro omni erra-*

(1) Eccl. XII. 7.
(2) Eccl. XII. 14.

to, de modo que la traducción de este pasaje, es la siguiente: *Todo lo que sucede será llevado por Dios á su juicio, á fin de que inquiera todo lo oculto sea bueno ó sea malo.* Si se examina este pasaje sin prevenciones, dice el mismo Knobel, se debe convenir en que el autor habla formalmente de un verdadero juicio que tendrá lugar después de la muerte. Es lo que nos vemos obligados á concluir de la expresión. «Dios hará comparecer todas las acciones ante su tribunal,» para pronunciar su sentencia sobre ellas, y en seguida de la expresión con que nos dice que este juicio se extenderá aun á las cosas ocultas.'' [1]

Además, el dogma de la retribución de las obras, no sólo está expresado en el último versículo del libro, lo está también en muchos otros lugares. En uno de ellos, Salomón apela del juicio de los hombres al juicio de Dios que reparará las injusticias de los tribunales de la tierra: *Vi* dice, debajo del sol, á la impiedad en vez *del juicio, y en lugar de la justicia la iniquidad y dije en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impío y entonces será el tiempo de que cada cosa sea puesta en su lugar.* [2] "La prosperidad de los impíos y los sufrimientos de los justos en este mundo, dice sobre este motivo Mendelssohn, suministran la prueba más poderosa en favor de la

(1) Comm. uber das B. Cohelth. p. 23.
(2) Eccl. III. 16-17.

inmortalidad del alma, porque nadie podrá negar que Dios es justo y si algún día el hombre piadoso y el impío no recibe cada uno su recompensa, Dios sería injusto; por eso quien cree en la existencia de Dios y en su justicia, debe creer también en la inmortalidad del alma, á menos de negar la evidencia, á saber, que en este mundo á menudo el justo sucumbe y el impío prospera.''

Como conclusión de todas estas premisas, sólo añadiremos otras palabras más claras aun si cabe en las que se vé la fé viva del autor del Kohelet en la vida futura. *Sábete, dice, que por todas estas cosas te llamará el Señor á juicio.* [1] Ahora bien ¿de qué servirá este juicio si el alma no es inmortal, si no hay otra vida más allá de la muerte?

Si, pues, Salomón en este mismo libro afirma estos dogmas de una manera tan terminante, debemos buscar al texto objetado una respuesta conforme á las doctrinas que acabamos de exponer.

Así, pues, en este texto, trata Salomón de explicar un hecho mal comprendido, que desanima á menudo al hombre de bien: es que el justo es tratado lo mismo que el pecador. En vez de dar lugar al abatimiento, es preciso obrar con más ardor, porque ha de llegar el tiempo en que no podremos ya obrar. Un proverbio dice: Vale más un perro vivo que un

[1] Eccl, XI. 9.

leon muerto. Los vivos saben muy bien que han de morir y este pensamiento debe excitarlos á aprovecharse del momento presente. En el fondo, es la misma doctrina que se expresa más claramente en el Nuevo Testamento: *Mientras tenemos tiempo obremos el bien.* [1] *Se acerca la noche cuando nadie puede trabajar.* [2] Los muertos no pueden imitar á los vivos; su destino está ya fijado y no pueden ya con sus obras crear un porvenir lisonjero, no pueden ya entregarse á la actividad y al trabajo y han concluido para ellos y para siempre los goces terrestres.

III. El fatalismo del Ecclesiastes.

Se acusa al Ecclesiastés de inclinarse fuertemente á un fatalismo según el que todo en la tierra tiene una marcha fija, inmutable, contra la que nada pueden los esfuerzos humanos por poderosos que sean. La necesidad reina en todas partes, no sólo en lo que concierne á las leyes de la naturaleza, sino también en lo que concierne al destino humano. En el destino humano, lo mismo que en los fenómenos naturales, todo es fijo y constante. Así como el sol, los vientos y los ríos tienen un curso invariable é igual, así por efecto de una ley eterna una generación sigue á otra generación. [3] Esta ley de lo alto es inevita-

(1) Gal. VI. 16.
(2) Joan. IX. 4.
(3) Eccl. I, 4.

ble para el hombre; según esta ley, todos tienen un mismo destino que no puede ser cambiado por la sabiduría ó la necesidad, por la piedad ó la impiedad. Así se expresa el ya citado Knobel.

El Ecclesiastés, en efecto, reconoce que todo está sujeto á las órdenes de la Providencia, como especialmente lo confiesa en el capítulo V, v. 8, pero no hace estas órdenes fatales para el hombre como para la naturaleza. Sólo exagerando mucho su pensamiento puede verse en él un ligero asomo de fatalismo. El mismo Knobel se ve obligado á reconocer que Salomón combate este error "cuando enseña que el varón justo y prudente obra en su propio interés, cuando hace el bien; mientras que el hombre impío é insensato se perjudica á sí mismo al obrar mal. Lo mismo sucede cuando dirige algunas exhortaciones que presuponen en él, la creencia en la libertad humana.

Objétasenos también que el v. 11 del capítulo en donde leemos: *Vi debajo del sol... el tiempo y la casualidad en todas las cosas.* Esto significa, no que el ciego destino rige todas las cosas; sino que los cálculos más hábiles pueden caer por tierra por causas más poderosas que el hombre y causas que nos son desconocidas, como lo demuestra el contesto. El autor del Ecclesiastés admite la responsabilidad del hombre, puesto que enseña que debemos dar cuenta de nuestros actos en el

juicio de Dios como lo vimos en el artículo anterior; y por consiguiente admite que somos libres, porque sólo el ser libre puede ser responsable.

IV. El epicureismo del Ecclesiastes.

Sobre todo en nombre de la moral es en el que se ataca á nuestro libro. Oigamos á uno de nuestros principales adversarios, á M. Noeldeke. "¿Cómo debe el hombre abrirse el camino á través de esta vida de miserias? La única respuesta que el Ecclesiastés da á esta cuestión, es la siguiente: Debemos gozar del tiempo presente. Para él, es la alegría el único bien verdadero que Dios ha dado al hombre. Háse á menudo querido espiritualizar esta alegría; se ha tratado de hacer de ella un puro gozo del espíritu: pero el predicador (el Ecclesiastés) habla en términos claros, y en varios lugares, del placer propiamente dicho, del placer sensual, del placer de comer y de beber y de contemplar cosas bellas." (1) Tal es la objeción. Apóyase en los capítulos II, 24; III, 13; VIII, 15 y IX, 7-9.

Antes de responder directamente á la dificultad, es necesario advertir que en vano buscaremos en el Ecclesiastés, como en ningún otro libro del Antiguo Testamento, una exhortación á la vida de mortificación y de penitencia, tal como la encontramos en el Evan-

(1) Hist. literaria del A. T., p. 250.

gelio; los judíos en tiempo de Salomón no la hubieran comprendido. El autor del Ecclesiastés es un israelita que habla á israelitas de corazón grosero y material, que se hallaban acostumbrados á oír sancionada la observancia de la ley con penas temporales y alentados á cumplirla con la felicidad temporal que se les promete en el Deuteronomio. Pues bien, el goce de las cosas terrenas no es malo en sí mismo, sólo es malo por el abuso que se hace de ellas y nadie podrá demostrar que Salomón aprueba este abuso.

No es necesario suponer con San Jerónimo, Bossuet y otros comentadores que en los lugares donde se trata de las alegrías de la tierra, el Ecclesiastés recuerda las palabras de los impíos y habla en su nombre. Con motivo del v. 7 del capítulo IX: *Ve pues y come alegremente tu pan, y bebe con gozo tu vino, porque á Dios agradan tus obras*, San Jerónimo dice en su comentario: «Ahora, trata del error tan común en los hombres por el que mutuamente se exhortan á gozar de los bienes de esta vida y hace una prosopopeya conforme á la costumbre de los retóricos y de los poetas. Todo esto lo dicen Epicuro y Arístipo y Cirenaico y la demás ralea de filósofos.... Pero yo digo que de todo esto juzgará Dios.» Difícilmente se probará que Salomón no habla en su nombre; pero fácilmente se puede justificar su lenguaje, con tal de que no se exagere su alcance, y se recuerde que la ley

antigua, como hemos dicho antes, prometía principalmente á los israelitas las bendiciones temporales como premio al cumplimiento del deber.

Knobel mismo, que como hemos visto, acusa á Salomón de materialismo, confiesa ingénuamente que su nombre no puede colocarse entre los epicúreos. «El, dice, se distingue esencialmente del epicúreo en que no recomienda el placer como fin, sino que quiere que hagamos uso de las comodidades de la vida con reconocimiento á la bondad de Dios que nos las concede, ya que el mejor medio de agradecer el beneficio es hacer uso de él, dentro del orden debido. Además, por gozar de la vida entiende usar tranquila y dulcemente de los bienes de la tierra y no olvida recomendar que se use de ellos con temor de Dios, recordando que Dios ha de juzgar á todos los hombres. Jamás entiendo por gozar de la vida entregarse á una loca embriaguez de los sentidos, á diversiones frívolas, á pasiones desarregladas; lejos de ello condena formalmente todos estos excesos, y demuestra con su propio ejemplo que en vano buscaría el hombre verdadera felicidad en todo esto, porque sólo encontrará, *vanidad, trabajo, dolor y aflicción de espíritu*.

Un escritor que pregona la inmortalidad del alma, el juicio después de la muerte y consiguientemente la responsabilidad de los actos, que declara deberse usar de los bienes de este

mundo como dones de Dios, á quien será preciso dar cuenta de todas las acciones buenas ó malas, ocultas ó públicas, ciertamente que no es un epicúreo; y no solamente su moral es irreprensible, sino que es digna de elogios, porque trae consigo el pensamiento de la eternidad y prepara así al Evangelio.

V. El pesimismo del Ecclesiastes.

Desde que se inventó el pesimismo, se ha encontrado también este error en el Ecclesiastés y los pesimistas reclaman como suyo al rey sapientísimo, Salomón. Schopenauer lo saluda como uno de sus antepasados. A. Taubert llama á este libro el catecismo de los pesimistas y recomienda su lectura á todos los partidarios de las desesperadas doctrinas de Eduardo von Hartmann y de Schopenauer. «El Kohelet, dice Renan, es un libro.... profundamente moderno. El pesimismo de nuestros días encuentra en él, su más delicada expresión. El autor se nos presenta como un Schopenauer resignado muy superior, á tantos á quien un golpe de fortuna obliga todos los días á vivir miserablemente en las fondas alemanas.» (1)

Ciertamente, es verdad, que el Ecclesiastés describe los desencantos de la vida con una elocuencia melancólica que produce en nuestro ánimo la impresión más profunda. Pero

(1) L'Ecclesiaste, p. 90.

el pesimismo de este libro es diametralmente opuesto al de los filósofos de nuestro siglo. Éstos son materialistas y ateos, aquel cree firmemente en el vicio y en la virtud, en una vida futura más allá de la tumba, en un Dios personal que juzgará á todos los hombres: todas éstas son creencias inconciliables con el pesimismo que es una de las enfermedades de nuestro siglo. No se puede ser pesimista sin ser ateo, porque negar la bondad, la sabiduría y la Providencia de Dios, es negar su existencia. Pues bien, dice el mismo Renan, tan poco consecuente consigo mismo, como siempre lo es; se puede encontrar al escéptico, al materialista, al fatalista, al pesimista sobre todo en el autor del Kohelet, lo que seguramente no hallaremos en él, es al ateo. Para él, negar á Dios, sería negar al mundo, sería el absurdo, la locura misma.» [1]

Antes de concluir, digamos dos palabras acerca de las múltiples contradicciones que se pretenden encontrar en el Ecclesiastés: ellas son aparentes y no reales. Así como el autor es la personificación de la humanidad unas veces alegre [XI. 9.; VIII 15.] otras triste y melancólica, (I. 2.) así también su lenguaje es la expresión de los diversos sentimientos, sentimientos cambiantes y variables; pero corregidos aquí, por la idea religiosa, puesto que el autor es inspirado. Las contradicciones

(1) L'Ecclesiaste, p. 20.

de su espíritu, son las contradicciones propias de la vida porque atravesamos. Así, en el capítulo III, v. 11, dice que Dios ha puesto lo infinito en el corazón del hombre; pero que el hombre no puede llegar al fin que le ha sido asignado. En el capítulo III, 12, 13, dice que lo mejor del mundo es gozar de la vida; pero añade, que no podremos conseguirlo sino por un don de Dios; en el capítulo VIII, 12-14, que los que temen á Dios serán salvados y los que no lo temen, castigados; pero que en esta vida se ven ejemplos de lo contrario. Estos son los hechos. En el mundo moral, nada es absoluto, toda regla sufre excepciones, solo hay una cosa inmutable, es la ley misma, la necesidad de temer á Dios.

CAPITULO XXXV.

EL CANTAR DE LOS CANTARES.

Los hebreos, cuya lengua carece de comparativo y superlativo, se veían obligados á repetir el nombre substantivo cuando trataban de expresar la excelencia ó superioridad de una cosa. Así es que, «Cantar de los cantares,» ó cántico de los cánticos, significa cántico excelente ó sea el mejor de los que contenía la literatura hebrea. Este pequeño libro ha sido siempre atribuido á Salomón y creese que fué la obra de su juventud, como los Proverbios lo fueron de su edad madura y el Ecclesiastés de su ancianidad.

Trátase en él, si sólo atendemos al sentido literal, de celebrar el matrimonio de Salomón con la hija del rey de Egipto, representándolos bajo la figura de dos pastores; pero además de este sentido literal tiene otro sentido místico, y es en el que fué dictado por el Espíritu Santo y por él colocado en el canon ó catálogo de los libros sagrados. Este sentido místico tiende á representar ó bien el amor de Dios á su pueblo escogido, ó el de Cristo para con la Iglesia, su inmaculada esposa, ó bien el del Señor para con el alma del justo. No trataremos de dilucidar estas cuestiones y determinar en cuál de estos sentidos debe interpretarse el «Cantar de los cantares;» sino únicamente de responder á las dos dificultades que á la divinidad de este libro oponen los impíos de la escuela de Strauss y de Renan.

Ellas son dos: Primero: niegan que este libro haya tenido ó podido tener entre los judíos significación alguna mística.

Segunda: Que el lenguaje del libro es ofensivo á la pureza de las costumbres. Vamos á examinar ambas dificultades.

1ª Renan escribe sobre este libro: «Sólo por un milagro y gracias á una equivocación, que á la crítica no desagradará, pues que por él tenemos el más curioso quizá de los monumentos de la antigüedad, ha llegado hasta nosotros un libro, obra de un momento de olvido en un pueblo que alentaba siempre con